

REVISTA DEL CENTRO ESTUDIANTES DE DERECHO

TOMO XIX

SETIEMBRE 1958

Nº 86

DIRECTOR: AGUSTÍN Fco. CANESSA
COMISIÓN DE PUBLICACIONES: LEÓN CORTIÑAS PELÁEZ,
CARLOS GALIONE y HEBER ARBUET

SUMARIO

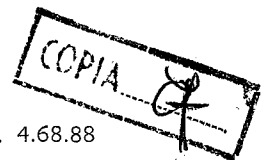
	PÁG.
Nota al lector	585
DOCTRINA	
I. — Derecho: trabajos profesoraes	
SAYAGUÉS LASO, Enrique. — <i>Los Entes Autónomos</i>	589
SÁNCHEZ FONTANS, José. — <i>La teoría del contrato real y el Código Civil uruguayo</i>	627
JIMÉNEZ DE ARÉCHAGA, Eduardo. — <i>Aspectos jurídicos de la Plataforma continental</i>	653
EISENBERG Alfredo. — <i>El Canal de Suez: estatuto jurídico</i>	667
LAGARMILLA, Jorge y BARRIOS DE ANGELIS, Dante. — <i>Apelación de mere-interlocutorias</i>	707
II. — Derecho: Concurso de temas jurídicos y sociales del C.E.D.	
Juicios de los miembros que integraron los Jurados para 1957	719
CORTIÑAS PELÁEZ, León. — <i>Estructura monitoria del proceso de verificación de créditos en la quiebra</i>	725
GUTIÉRREZ CIRIMELLO, Alberto. — <i>Criterios diferenciales del Derecho Comercial</i>	763
PÉREZ PÉREZ, Alberto. — <i>Vigencia universal de la Organización de las Naciones Unidas</i>	779
III. — Ciencias Sociales: Cursillo de Introducción a la Ciencia Política	
GANÓN, Isaac. — <i>Introducción a la Ciencia Política</i>	807
BENTANCOURT DÍAZ, Jesús. — <i>Ideas políticas de Polbio</i>	817
WILLIMAN, José Claudio (h.). — <i>Soberanía y autarquía económica</i>	831
TRÍAS, Vivían. — <i>Situación actual del capitalismo</i>	855
BRUSCHERA, Oscar H. — <i>Estructura de los partidos políticos en el Uruguay</i>	873
FRUGONI, Emilio. — <i>Partidos de ideas y partidos tradicionales</i> ..	885
JURISPRUDENCIA	
PEIRANO FACIO, Jorge. — <i>Jurisprudencia de la Suprema Corte: Responsabilidad Civil</i>	907
INDICE	
<i>Indices del tomo XIX (alfabético de autores, por asignaturas, por secciones)</i>	933



CENTRO ESTUDIANTES DE DERECHO
(Afiliado a la F.E.U.U.)
Montevideo - Uruguay

Colonia 1816

Telég. 4.68.88



Los partidos en relación con
razonar a quienes deben estar
tan explosivo y proclive a
clémico. El asunto es dema-
minutos disponibles; pero
sino en términos de diná-
un momento determinado
colizarse, resultarían insa-
se han producido modi-
pendientes para un inves-
del siglo. Queda de cual-
sarlo como uno de los
udroso.

Partidos de Ideas y Partidos Tradicionales

por el

DR. EMILIO FRUGONI

Les confieso que vengo con cierta emoción a ocupar esta cátedra, porque me retrotrae a años de mi juventud y a la época en que yo dictaba en esta misma Facultad, ilustre casa de estudios, la Legislación del Trabajo y Previsión Social, materia que me tocó inaugurar y que vine enseñando durante unos cuantos años, hasta que me apartaron de las exigencias de la docencia los afanes políticos. Y luego recuerdo también el momento en que me tocó asumir el decanato de esta Facultad.

Pero recuerdo más que nada los años en que estudiaba. Y todo esto hace que yo vea con los ojos de mi espíritu, en un momento como éste, esta casa llena de imágenes de seres queridos, y venerados algunos de ellos, que no volveré a ver más.

Pero no he venido aquí para entristecerlos con referencias melancólicas. Todas estas cosas que siento las voy diciendo para darme tiempo de reunir mis ideas y hacer acopio de las mismas, como parando rodeo de conceptos un tanto dispersos. La verdad es que el tema de la charla que ustedes me han solicitado, es, puede decirse, uno de los más interesantes de la sociología política; de los que tienen un contenido más vivo, más palpitante; y una sustancia que en cierto modo está al alcance de nuestras manos y poco o mucho nos llega a todos, tanto en la vida pública como en el interior de nuestros propios hogares. Porque el partidismo, lo que mueve a los partidos, lo que se traduce en esas organizaciones activas de la política del país, tiene una presencia que está siempre al lado nuestro, que nos acompaña a todos lados; que a veces nos apasiona; otras nos disgusta, pero que siempre está cerca de nosotros y nos acompaña casi como una sombra.

El tema se reduce un poco cuando, como en este caso, se me solicita que hable de Partidos Tradicionales y Partidos de Idea.

Los partidos pueden admitir infinitas denominaciones; los hay

autocráticos, democráticos, monárquicos, republicanos, conservadores, liberales; retrógrados, de derecha o de izquierda. Admiten tantas denominaciones como los individuos mismos en el plano de su respectivo fuero civil.

Porque en la vida política los hombres manejan muchas veces, como móviles de sus actuaciones colectivas, cosas cuya verdadera significación o esencia se disfraza con sus nombres. Y, de pronto, asistimos como hace muchos años en el Uruguay, a una revolución criolla que se lleva a cabo en contra del curso forzoso. En tal ocasión había surgido un bando cursista y un bando anticursista. Y eso dio lugar a una agitación política tan aguda que adquirió proyecciones en el campo de batalla: hubo un caudillo militar que se levantó con la bandera de la oposición al curso forzoso, frente a un gobierno que imponía el curso forzoso. Y, probablemente, ese caudillo no sabía lo que era el curso forzoso ni qué necesidad tenía o no tenía el país, de ese régimen monetario. Pero en este plano, hay muchas de esas cosas que corresponden a lo que podemos llamar el aspecto vivo y efectivo de la materia que debemos tratar esta tarde.

Yo he venido aquí a hablarles a ustedes en base de mis recuerdos o de mis propias experiencias personales. No podría hacerlo de otro modo, porque el tema es de tal índole que, para abordarlo seriamente, ante un auditorio tan selecto, habría que enfrascarse en la lectura de muchos libros: manejar una bibliografía copiosa y extensa; cosa que actualmente no está al alcance de mis posibilidades personales, porque siento ya las limitaciones propias de los setenta y seis largos años que llevo sobre mis espaldas. Con todo, prefiero abordar el tema sin acudir a los libros, contando con que la benevolencia de ustedes no tome a mal mi olvido de la bibliografía para confiarme a los conocimientos que el simple ciudadano puede ir adquiriendo en el contacto permanente y a veces candente de la actualidad política de su país o de otros países del mundo. Porque gracias a los progresos del periodismo, podemos ponernos en contacto, como he dicho, permanente y a veces candente, con la actualidad política internacional, no solamente con la nacional.

Lo más que puedo hacer en la presente circunstancia es recurrir a mi propia biografía, que no es por cierto la mejor fuente de información, pero es la que tengo más a mano. Sin otros elementos, vengo a darles a ustedes esta charla.

Encarando ya lo que son los partidos de ideas y partidos tradicionales, me bastará recordarles a ustedes que la denominación de partidos tradicionales se presta también a muchas y hasta contradictorias acepciones. Partidos tradicionales no los hay solamente en el Uruguay. En el Uruguay existen, y tenemos que padecerlos,

partidos típicamente tradicionales. Les pido disculpas también si de tanto en tanto, en mis apreciaciones tan personalísimas, yo dejo traslucir demasiado mi ideología política y mis propias posiciones partidarias. Acaso alguno podría creer que estoy abusando de la cátedra para hacer propaganda. No quiero hacer propaganda. Quiero tratar este problema, aunque la verdad es que no suele serme fácil hacerlo, con toda objetividad; sin decir cosas que pueda creerse que las digo para arrimar el agua a mi molino como vulgarmente se dice. Puede ser que de cuando en cuando se me escape alguna apreciación como ésta según la cual el Uruguay padece los partidos tradicionales, lo que parece indicar ya una apreciación contraria al partidismo político que algunos o muchos de los que me escuchan probablemente cultivan y militan en él. Desde mi juicio personal entiendo que para el Uruguay los partidos tradicionales han sido siempre una desgracia, sin que pueda traernos consuelo el hecho de que también haya partidos denominados tradicionales en otras partes. Hay en el mundo grandes países que manejan su política precisamente sobre la base de partidos tradicionales. Por ejemplo, Norteamérica, e Inglaterra. Se les llama así porque han creado en el pueblo de esos países, a través de siglos, una tradición política que se vuelve casi hereditaria.

En Inglaterra hay dos grandes partidos tradicionales que se vinieron formando desde la época de la restauración. Empezaron a formarse cuando se entabló la discordia civil entre las fracciones y tendencias religiosas. Por un lado estaban los partidarios de la Reforma, que a su vez se dividieron en anglicanos, prebisterianos, puritanos, etc. Del otro los católicos ortodoxos. Eso dio lugar a discordias políticas en razón de que hubo reyes que se inclinaron a uno u otro bando, y cuando nosotros hablamos de la Restauración, que es el momento en que empiezan a actuar con cierta nitidez las dos grandes corrientes opuestas, nos referimos al momento en que vuelve otra vez a ocupar el gobierno de Inglaterra la dinastía de los Estuardos con Carlos I, después de haber sido abatido el movimiento encabezado por Cromwell, o sea la revolución puritana.

Y quedan entonces en ese momento frente a frente, dos tendencias, dos agrupaciones cívicas con distintas orientaciones religiosas: una, de los torys (sobrenombre que se daba a los partidarios de la dinastía de los Estuardos, de Jacobo I, de Carlos I y II). Con el nombre de Torys se hacía alusión a unos bandidos irlandeses, así denominados, y sabido es que en Irlanda el catolicismo tuvo siempre mucha preeminencia. Entonces sus adversarios protestantes, para desprestigiarlos y restar la confianza del pueblo a

esos defensores de la corona que se habían venido llamando "los caballeros del rey", empezaron a llamarlos "torys", para dar a entender que siendo irlandeses no podían ser protestantes sino católicos o "papistas" disfrazados. Por su parte éstos, a los de la otra fracción les llamaban "Whigs"; entre ellos a los que antes se les habían denominado cabezas redondas, partidarios de Cromwell, contrarios a la iglesia anglicana y partidarios de la iglesia prebisteriana (el puritanismo), una tendencia distinta dentro del protestantismo inglés.

Y bien; estos partidos que surgen así, por estos motivos y con estos impulsos o con estos móviles, con el andar del tiempo, se van definiendo, uno, como el partido "conservador"; otro, como el partido "liberal". Porque los torys, desde el principio, por el hecho mismo de ser partidarios de la tendencia anglicana, que es la que giraba en torno de la reyesía, es el partido de los terratenientes; partido de la gran propiedad feudal. Frente a ellos, el otro partido se apoya en las clases de la sociedad que tienen intereses opuestos a los de los terratenientes y se forma sobre la base, por consiguiente, de los mercaderes, de los industriales, de los artesanos y de la gente del pueblo en general. Y así durante décadas y siglos, la política inglesa se desarrolla sobre la base de la discordia entre torys (conservadores) y whigs (liberales).

De un lado, la política que trata de defender los privilegios de los propietarios territoriales; por otro lado, la política que trata de defender los intereses del pueblo y, sobre todo, los intereses del industrialismo (del capitalismo industrial). Éste ya alcanza gran desarrollo en el siglo 18 y mucho más a principios del siglo 19, cuando sobreviene la incorporación de las máquinas. Surge el maquinismo en las manufacturas, y estalla lo que se llama allá por el año 1830 la revolución industrial, que trae consigo profundas perturbaciones. La rebelión de los obreros contra las máquinas: el movimiento ludista, de enorme trascendencia social, que es toda una conmoción que sacude los cimientos de la sociedad inglesa. Pero, entre tanto, siempre sigue, en cuanto a la disputa entablada acerca de quién ha de tener el poder en las manos, la lucha entre torys y whigs. Las otras fracciones que van surgiendo están al margen de estas luchas centrales. Hay que advertir por otro lado que existía el Parlamento, que, cuando la revolución puritana, había adquirido ya una grande importancia, y que Cromwell en cierto momento clausuró. Su aparición en la vida política inglesa había sido un factor de trascendencia decisiva, porque es el órgano que enfrenta al poder de la dinastía y la corona. Que llega a ser más poderoso que la corona misma; porque es aquél al cual las leyes consuetu-

dinarias que se van escalonando, les conceden atribuciones tan vastas como aquéllas de que da idea la conocida frase de que el Parlamento inglés puede hacerlo todo, excepto cambiar un hombre en mujer. Y para disputarse la preponderancia dentro del Parlamento se entablan agrias luchas políticas entre los conservadores y los liberales.

Cuando gobiernan los torys, ellos tratan de imponer leyes que significan refuerzos del privilegio de los dueños de la tierra. Cuando gobiernan los liberales o whigs, tratan de dictar leyes que signifiquen disminución de esos intereses y, en cambio, disposiciones legales en favor de los capitalistas industriales que van surgiendo. Y, para recordar solamente uno, citaremos el caso de la lucha que se entabla en torno de la entrada libre de impuestos a los cereales. Es de advertir que muchas veces los liberales o whigs, derrotaron a los torys, en las luchas electorales. Tuvieron a su favor hombres de gran talento y genio que fueron construyendo la nueva Inglaterra y hasta el imperio británico. Los torys, a su vez, trataron de defender sus posiciones y no pocas veces consiguieron sobreponerse a los liberales, ocurriendo que, ante un problema como ése, de pronto vemos triunfar a una fracción y de pronto a la otra. Cuando triunfan los torys en las elecciones, ellos hacen todo lo posible por impedir que entren los cereales libres de derecho a Inglaterra, porque ellos necesitan proteger la producción agrícola nacional, que ellos defienden de acuerdo con sus propios intereses, pues abogan en favor de los que poseen la tierra en sus manos.

Los que trabajan la tierra, son dependientes de los dueños de la misma. Trabajan todavía con sistemas y procedimientos un tanto feudales. Todo esto ocurre antes de haber estallado la revolución francesa y antes de haberse implantado en la misma Inglaterra derechos que son ya anticipos de la revolución francesa. Porque, en realidad, algunos principios de la revolución francesa se implantaron en Inglaterra antes del año 1798, como el principio del habeas corpus, por ejemplo, que se implantó a raíz de la restauración, en la primera elección parlamentaria que se realiza, y en la cual triunfan los whigs. Los liberales entonces hacen triunfar una ley que obliga a los jueces, lo que en aquella época era de una enorme importancia, a poner dentro de 24 horas (a la policía, mejor dicho a las autoridades), a poner dentro de ese lapso, en manos de los jueces, al detenido. Era una gran victoria política. Era una muy trascendente garantía individual.

Sobre esta base se van consiguiendo otras garantías, y vemos luego, para volver al ejemplo que estábamos poniendo, cómo en torno de esta lucha de la liberación del impuesto a los cereales, hay

movimientos políticos importantes, que los whigs apoyan. La campaña en favor de la liberación de los impuestos a los cereales, tuvo defensores ardorosos, que realizaron grandes agitaciones al respecto y chocaron con la resistencia obstinada de los torys, que no querían que se les mermaran económicamente sus privilegios, reduciendo el valor de sus tierras, por la competencia que podían hacer a los de esas tierras los productos agrícolas llegados de los países vecinos. Fue una de las históricas campañas en las que se ve cómo las clases van estructurando su política, y los partidos entablando sus luchas a impulsos de fundamentales intereses económicos. Porque mientras vemos ahora en la superficie esta competencia de los dueños de las tierras con las conveniencias de los mercaderes, de los comerciantes, de los que van formando el capital industrial, de los fabricantes que van surgiendo, que van adquiriendo cada vez más importancia, por la incorporación de los nuevos procedimientos técnicos de producción, y a quienes conviene la rebaja del precio de los cereales, pues les permitirá pagar más bajos salarios, hay por debajo de esto, otros intereses que no se ven contemplados ni por unos ni por otros de los dos grandes bandos: el interés de los trabajadores, de los proletarios, de los desposeídos; de los que no tienen ni tierra ni máquinas, de los que no tienen ni un pedazo de suelo en donde caerse muertos, ni tampoco una herramienta de cierta importancia para emplearla en su provecho y ganarse la vida con ella. Va surgiendo poco a poco y sobre todo a favor del desenvolvimiento industrial, el proletariado inglés, que va planteando problemas propios y empieza a reclamar —pues ya llena las fábricas— su sitio bajo el sol. Desaparece el pequeño taller medieval, que se desarrolló dentro de los regímenes corporativos con las reglamentaciones que todos ustedes conocen, en la Edad Media, y aún en el Renacimiento. Desaparece el pequeño taller medieval, donde trabaja un artesano que es el patrón, con oficiales y aprendices, y va surgiendo la fábrica moderna, con un taller en el que se aglomeran centenares y millares de hombres, lo cual rompe por completo la pequeña estructura del taller antiguo y disuelve de hecho las corporaciones con sus limitaciones a la manera de trabajar y de producir; limitaciones a la cantidad de piezas que podían lanzarse a la circulación, etc. El capitalismo industrial barre con todo eso, pues en su afán de riquezas, cambia todo. Y ante sus tremendos abusos aparecen las primeras leyes obreras, en Inglaterra, limitando los privilegios industriales; para reglamentar el trabajo en las fábricas amparando a los niños y a las mujeres. Y esas primeras leyes laborales son dictadas por los gobiernos torys, conservadores.

De esto modo se plantea una represalia conservadora contra

los liberales, que representan el interés del capitalismo industrial, que defiende la liberación de los impuestos al trigo y cereales, porque eso conviene a los efectos de poder pagar salarios más bajos. No es el movimiento de los liberales ingleses en favor de liberación de impuestos, un movimiento simplemente humanitario, en favor del pueblo, sino impulsado por esa finalidad oculta. Gracias a eso los obreros tendrán su mesa más económica, podrán comer pan gastando menos, pero con salarios más reducidos.

En torno a cosas así se van entablando grandes luchas.

Algunas veces los trabajadores se ponen al lado de un partido, otras veces al lado del otro, según convenga a sus intereses. Cuando un grupo de diputados en la Cámara de los Comunes, presenta un proyecto limitando la jornada de los obreros, sobre todo de los niños y mujeres, naturalmente los obreros lo apoyan y votan por candidatos torys, para que pueda seguir prosperando la legislación obrera. Pero cuando se despliega la campaña de liberación aduanera del trigo, los obreros votan por los liberales, porque ellos van a traer a los trabajadores la ventaja de poder comer el pan más barato.

En ese forcejeo de alternativas, va haciéndose como un movimiento de introducción de la cuña de la nueva legislación popular, porque las masas desposeídas, las inferiores, no han aprendido todavía a organizarse de un modo que redunde en permanente beneficio de sus propios intereses. Y es así como durante mucho tiempo, hasta pleno siglo 19, el cuadro de la política inglesa sólo presenta esos dos grandes partidos. El partido liberal, por ejemplo, siendo uno de los grandes monopolizadores de la opinión pública, incorpora a sus programas de acción, reformas importantes; dictándose leyes avanzadas bajo su influencia. Son partidos tradicionales con un contenido de seriedad social que no podemos negar.

Comparemos estos partidos vinculados con la vida, la existencia, el destino colectivo y personal de todos los hombres que componen la sociedad, partidos de países, claro está, evolucionados y altamente civilizados, con nuestros partidos tradicionales, de los cuales no haré ahora la disección, pues me llevaría a lastimar un poco a los que aun continúan fieles al tradicionalismo criollo. Sin dejar de reconocer que también entre nosotros, el tradicionalismo político ha tenido que ir evolucionando dentro de su contenido, pero manteniendo siempre ciertos vínculos con fenómenos que pertenecen al pasado y que debieron haber desaparecido para siempre por ser incompatibles con las reales exigencias de nuestro pueblo y el grado mismo de nuestros adelantos en diversos aspectos de la vida.

En Inglaterra ha surgido una realidad nueva: a la sombra de

esta disputa entre conservadores y liberales, que han debido ir modificando sus programas, sus puntas de vista, tratando de ampliar su espíritu orientador frente a los más característicos fenómenos de las sociedades contemporáneas. Al margen de la contienda tradicional se vino formando un nuevo partido. Y aquella política de dos partidos únicos, llegó a enfrentarse con algo así como el huésped inesperado. Ese movimiento políticamente inorgánico que durante mucho tiempo era solamente coalición instintiva de las clases trabajadoras, y tuvo que estar introduciendo la cuña en favor de sus propios intereses, a través de las fisuras que dejaba esa discordia permanente de liberales y conservadores, apoyando una vez a unos y otra vez a otros, para obtener ventajas, adquiere personalidad colectiva de fuerza política autónoma. El pueblo obrero, que había venido organizándose en los sindicatos gremiales, aprendió a organizarse de un modo tal, cuando comprendió que él también necesitaba un partido propio para imponer esa personalidad frente a la índole capitalista y burguesa de estos dos grandes partidos tradicionales que sostienen invariable la estructura jurídica de la sociedad capitalista, que le permitió trabajar para sí con una herramienta política propia. Ellos se organizaron de tal manera cuando hubo casos en que se llegó a demostrar el acuerdo de los dos partidos tradicionales para impedir el desarrollo de los sindicatos (las famosas trade unions), que emergen del seno del capitalismo como una consecuencia biológica del mismo régimen capitalista.

En un principio se asociaron los obreros para la defensa de su sola condición de trabajadores, obtención de licencias, descansos, etc., pero hubo momentos en que, para rechazar las reclamaciones de las trade unions, se enfrentaron a ellas los capitalistas y los patronos a través de sus propios partidos políticos. Y entonces se plantearon conflictos que hicieron comprender a los obreros de Inglaterra, que tenían ellos también que actuar a través de un partido capaz de resolver sus problemas, no sólo con huelgas o en mitines callejeros, ni con simples notas y peticiones elevadas a los ministerios y autoridades, sino en la propia Cámara de los Comunes y dentro de los propios poderes públicos conquistados por sus votos. El mismo poderío de la Cámara de los Comunes, ése que fue transformando a los monarcas en reyes que reinan pero no gobiernan, que no intervienen para nada en el gobierno, que son figuras simbólicas puramente decorativas, había de ser puesto a su servicio. El gobierno está en manos de los ministerios y los gabinetes, que son, a su vez, elementos que dependen del parlamento y de la cantidad de votos depositados por los partidos en las urnas. Y la cámara aristocrática —de los lores— es un organismo también sim-

bólico, que cuando mucho lo único que puede hacer en la actualidad es detener la sanción de ciertas leyes, pero no puede revocarlas, si ellas están respaldadas en la Cámara de los Comunes por las mayorías correspondientes.

El partido laborista se ha enriquecido a costa del partido liberal, que ha llegado en los últimos tiempos a tener su relativa popularidad, pues sus reformas eran consideradas buenas por los trabajadores, que cuando las toman para sí, en sus manos, con su propio partido, las han superado con otras mejores.

Los trabajadores británicos tienen más confianza ahora en la democracia. Su partido nos da el ejemplo de un partido de clase que como realidad histórica ha existido desde mucho antes de adoptar su organización política. Esto viene a ser una enseñanza de la corriente socialista continental. Se define como un partido de clase, de los trabajadores, de los hombres que se ganan la vida con su propio trabajo. Viene a defender a las trade unions, a las cuales se ha asociado una parte de la intelectualidad, reunida en la Sociedad Fabiana, y un partido cooperativista, un partido que se llamó socialdemócrata, para formar un gran cuerpo bajo el nombre de Laborismo, que se dio un programa inequívocamente socialista. Y esta agrupación inmensa de las trade unions, y todos estos partidos agregados, especialmente el socialista y el que se llamó partido laborista independiente dentro del Laborismo, porque tendía a imponerle a esa gran fuerza del trabajo un destino político con un programa socialista, no puramente unionista o sindicalista, se definió como un adalid de la democracia social. Se comprometió en ese sentido con manifiestos en que pronunciaba la socialización de todos los medios de producción y de cambio. El laborismo británico fue, pues, la expresión del socialismo de Inglaterra. Actualmente el partido laborista independiente se halla disuelto, porque todo el partido laborista aceptó un programa de socialismo integral y desde entonces el grupo laborista independiente juzgó que el adjetivo estaba de más.

Así nos encontramos con un fenómeno digno de ser estudiado: un partido de ideas que evoluciona hacia el socialismo desde el hecho a la doctrina. Al contrario de lo que ha venido ocurriendo en el resto del continente, donde el socialismo se forma primeramente en la doctrina. Surge el obrero consciente manejando ideas socialistas a las que intelectuales y pensadores les dan forma, pero la gran masa obrera permanece entre tanto arrastrada por los partidos de la burguesía. Poco a poco se van formando así los partidos socialistas en el continente. Van agrandándose con el aporte de los trabajadores auténticos más combativos, pero muchos de ellos han

llegado a ser grandes partidos obreros después de haberse pasado mucho tiempo siendo más bien pequeñas logias doctrinarias.

Recién cuando esos partidos se ponen en contacto con la masa de los sindicatos, tenemos poderosos partidos socialistas. El socialismo penetra en las organizaciones sindicales; el socialismo conquista a las centrales y federaciones del trabajo; que comenzaron y surgieron a la vida antes que él. En Inglaterra son las organizaciones del trabajo las que han traído el socialismo a la vida política nacional, como un factor decisivo capaz de alterar la vieja ecuación de liberales y conservadores, poniendo en lugar de liberales, a los laboristas o socialistas británicos.

Esta competencia entre tres partidos, prácticamente dos, puede ser también transitoria. No se puede saber qué dejarán los años futuros a Inglaterra. Pero no es imposible que se modifique este panorama pese a la enorme inercia que significa en un país como aquél, de tanta tradición, ese sistema de dos partidos alternativamente predominantes, regidos por procedimientos electorales muy discutibles. No está descartado que eso tenga que modificarse un día con la introducción de otros principios de representación —como el sistema proporcional— que puede ser un factor de aparición de nuevos fraccionamientos del electorado. Y aquí cabe entonces plantearse el problema de si conviene más a la suerte de una nación, que haya muchos partidos o que haya pocos. Desde luego no soy un enamorado de la multiplicidad indefinida de los partidos. Creo que, como decía Solón —según consta en una inscripción que figura en el Oráculo de Delfos—, “nada con exceso”, es la norma a seguir. Demasiados partidos no son garantías de grandes adelantos políticos ni de estabilidad política, para el mejoramiento de la suerte del pueblo. Pero un solo partido, por más democrático que sea, no es tampoco un ideal, porque los partidos son imprescindibles; son las ruedas sobre las cuales marchan las aspiraciones colectivas, y en un país en donde sólo existe un solo partido tendríamos que estar siempre ante la realidad utópica de una sociedad donde todos piensan de un mismo modo y con aspiraciones iguales.

Actualmente existen dos cosas peligrosas: el desprecio al partido político, por el abuso que se ha hecho del partidismo, por la falta de conciencia política de esas organizaciones, etc. Y puede cundir en el ánimo de las poblaciones una especie de desestimación del partido político, como si éste constituyera por sí mismo un peligro. Y esto es peligroso, porque a favor de esta desestimación de los partidos políticos, crecen los conceptos de dictadura; las creencias según las cuales los grandes problemas colectivos sólo pueden resolverse por la voluntad de muy pocas personas; y que las oli-

garquías son convenientes. Y así se puede llegar a poner en práctica la teoría del partido único, que a mí me ha tocado enfrentar, desde luego en el campo puramente doctrinario, en una de mis personales experiencias. Aunque tengo temor de cansarlos, les voy a contar brevemente lo que me pasó en Rusia. Rusia es un país donde la Constitución, sobre todo la del 36, dictada por el famoso Stalin, que pretendía haber dictado la constitución más democrática del mundo, admite tan sólo un partido. Con esto de particular: que en ese país se ha constitucionalizado a ese único partido, proclamándolo, en el propio texto de la Constitución, algo así como una institución permanente, consustanciada con el gobierno y que tiene el mismo valor que cualquiera de los órganos o poderes constitucionales integrantes del Estado.

Hay un artículo que dice que el partido comunista es la agrupación de los hombres políticamente más capacitados, de los revolucionarios más probados y que, en tal virtud, al partido comunista corresponde (una élite oligárquica) el derecho de enviar o dirigir todas las organizaciones sociales. Es decir, que todos los dirigentes de los sindicatos, cooperativas, centros culturales, etc., de los centros de estudiantes, desde luego también, tienen que ser comunistas —lo ordena la Constitución— y es el único partido que tiene derecho a presentar candidatos a cualquier puesto electivo. Es verdad que a todos los demás ciudadanos y partidos (yo no sé dónde estarían) se les da también el derecho de reunión, asociación, de palabra y de prensa; pero todos estos derechos están administrados por autoridades, corporaciones, consejos de ministros, etc., dirigidos por comunistas militantes, porque tal lo ordena la Constitución. Quiere decir que para realizar una reunión o imprimir un volante, hay que pedir permiso a la autoridad, que es comunista, pues la policía no es sino el brazo del partido único. El hecho es que no haya más libertades que las consagradas por ese partido y no se permite la diversidad de opiniones. Y cuando se le ha hecho esa objeción a Stalin, él ha sentado la teoría de que eso es contra la lógica más elemental, porque la existencia de varios partidos es cosa propia de sociedades donde hay clases sociales distintas, pues los partidos no son nada más que expresiones de diferencias de clases. Para que haya expresiones políticas distintas (varios partidos) es menester varias clases.

Cuando yo estaba ya por venirme, fui invitado por el funcionario de Moscú que está en relación con los diplomáticos americanos, para una entrevista. Y yo me di cuenta desde que llegué, de que se trataba de una cosa muy importante, pues se hallaba presente, junto con ese señor que se llamaba Constantín Mijailov (algo

así como un subsecretario de Ministro), el segundo jefe de la Institución, el cual asistió a toda nuestra entrevista sin abrir la boca. Saludó muy cortésmente cuando llegó y cuando se fue. Escuchó atentamente —seguramente entendería o hablaría español—; el otro funcionario no, pero entonces nos entendíamos por medio de un intérprete. Yo les voy a dar lectura rápida de ese pasaje, que recogí en un libro que escribí a mi vuelta y que se llama "La Esfinge Roja".

Digo: "Sobre el tema de la estructura política de la URSS giró toda una larga conversación mantenida una tarde en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Tuve esa tarde la impresión de que se concedía especial interés a mis declaraciones, porque jamás en mis numerosas entrevistas se halló presente el segundo jefe del Departamento, que hablaba bien el castellano, a pesar de lo cual permaneció en silencio, sin pronunciar una sola palabra, después de las concebidas en toda presentación, y porque me había reservado una de las mejores intérpretes de español, que estudiaba derecho, y parecía muy versada en asuntos de doctrina, pues de tanto en tanto mi interlocutor, que se expresaba en ruso, analizaba con ella brevemente algunos de mis argumentos antes de contestarme. Porque fue aquello una especie de amable controversia que comenzó cuando el funcionario soviético se mostró interesado por conocer mi juicio sobre la organización social y política de su país. En resumen les dije: ustedes han abolido el capitalismo privado; han suprimido así una de las formas de la opresión económica, que obligan al hombre a trabajar para el provecho ajeno y se oponen a la igualdad social en el punto de partida. Ésa es una base para construir una sociedad socialista. Pero se han quedado en una forma de estado político que ha sustituido la opresión económica del capital privado por la opresión del capitalismo estatal.

—Hemos hecho la organización socialista, dijo el hombre, en la que el hombre trabaja para la sociedad y para sí.

—Eso no puede decirse, cuando la sociedad entera queda absolutamente supeditada a un Estado cuyo poder político se concentra íntegramente en la voluntad de un solo partido. No han construido la democracia política, y eso es esencial como requisito para que el hombre goce de una verdadera justicia económica, y viva por igual con sus iguales. Porque las libertades políticas son la garantía de todas las otras libertades. Son el gendarme de todos los derechos del hombre; los económicos y los espirituales; los del cuerpo y los del espíritu.

—Usted olvida que nuestro pueblo goza de esa libertad, consagrada por la Constitución, me dijo el hombre.

—La Constitución consagra cuatro libertades, y hasta trata de asegurarlas, poniendo en manos de los trabajadores los elementos para ejercerlas, pero ¿quién administra esas libertades; quién autoriza su ejecución y quién suministra los elementos indispensables para ello? El partido comunista, que gobierna como dirigente único del Estado, sin fiscalización de otros partidos.

—Eso lo consideramos indispensable para defender nuestro sistema constitucional y la revolución. Nosotros no estimamos que sea democrático permitir la existencia de fuerzas políticas que conspiran contra la democracia, dijo el hombre; ustedes tienen un partido fascista (se refería al herrerismo) y lo dejan hacer propaganda contra las fuerzas democráticas, y tener diputados en las Cámaras.

—Ésa es precisamente, decía yo, una característica esencial de la verdadera democracia política: permitir actuar en su seno a sus propios adversarios.

Sólo cuando la propaganda de las ideas degenera en conspiración de hecho contra los principios constitucionales, para abatirlos por la violencia, se aplican sanciones, y se adoptan medidas contra quienes así se salen del marco de la democracia, dispuestos a enarbolarse el hacha de la fuerza y la violencia para despedazarla.

—Pero cuando, dijo él, la clase obrera ha logrado dictar su ley en el gobierno, que le corresponde por derecho, y suprime injustos y odiados privilegios, no se concibe que deje en manos de los que defienden esos privilegios o aspiran a establecerlos, los medios para derrocarla o para socavar la estabilidad de su gobierno.

—Si la mayoría del país, contesté, está en el gobierno obrero ¿cómo podrían los privilegiados desposeídos accionar con éxito contra esos gobiernos? Su estabilidad sólo se hallaría en peligro si en plena libertad política, no tuviera la voluntad de la nación consigo, pero entonces detentaría el poder y sólo podría retenerlo por la fuerza despótica de las armas, por la violencia. Yo no dejo de estimar que la inmensa mayoría del pueblo soviético es partidaria de los principios de justicia social y económica esenciales en una organización socialista, porque las corrientes socialistas fueron predominantes en el movimiento de masas obreras y campesinas, conducidas por intelectuales revolucionarios, con la colaboración de sectores de la burguesía liberal, que echaron por tierra el zarismo, régimen de una minoría feudal, mercantil, militarista y burocrática. Esos peligros no peligran pues, por parte de ninguna oposición política, que pudiera surgir: no cabe el temor de que se formen partidos políticos destinados a propagar la restauración de los privilegios de clase. ¿Por qué entonces no autorizan la formación de partidos políticos que serían forzosamente de obreros y campesinos, pues

ésas son las dos únicas clases existentes en este momento, una vez eliminado el capital privado y la propiedad territorial del kulak.

A esta pregunta se me respondió con el conocido argumento de Stalin: En la URSS la existencia de varios partidos resultaría inconcebible, porque la diversidad de partidos es producto de diferencias de clases: como aquí se han suprimido esas diferencias, y los intereses de todos los habitantes son comunes y armónicos, no hay base sino para un partido solo.

Respondí yo: pero los partidos políticos no sólo surgen a consecuencia de diferencias de clases, sino también de ideas, de criterios o hasta de matices de posición social, si se quiere, dentro de una misma clase, como lo prueba el hecho de que haya en los países democráticos, varios partidos de la clase obrera, y varios de la clase media y alta, etc., y aún para servir intereses más o menos comunes, de clases distintas, o intereses de diversos sectores sociales de una misma clase, etc.

En Rusia, pése a que la Constitución declara que existen esas dos clases, la obrera y la campesina, basta analizar bien para advertir que mientras al campesino le conviene que los productos de la tierra no se deprecien; mientras al obrero le conviene comprarlo al menor precio posible; así como aquél desea igual cosa con respecto a los artículos manufacturados, naturalmente a éste le interesa que no se deprecien los productos industriales, al menos los fabricados por él.

Dentro del régimen soviético se han ensayado desde su aparición hasta los presentes días, diversos sistemas impositivos, diversas formas de cambio, varias políticas monetaria, etc., etc. ¿Es acaso indispensable que los intereses corporativos opuestos y criterios distintos tengan la facultad de dirigirse al electorado y probar ante él su suerte, organizándose en partido? ¿Es acaso democrático que los ciudadanos que desearían, por ejemplo, una política de restricción del alcoholismo y esto en Rusia es una cosa que habría que hacer: la restricción al alcoholismo (el vodka se despacha oficialmente y se festejan todos los acontecimientos políticos y nacionales rebajando el precio del vodka para que el pueblo pueda emborracharse a su gusto)? ¿Por qué esa tendencia no puede organizarse en partido político para que el Estado adopte medidas legislativas ante el mal?

—Esos problemas, me dijo, se debaten en el seno del partido. Hay siempre opiniones que tratan de oponerse, las unas frente a las otras, y triunfan las que se consideran más adecuadas.

—No basta eso, dije yo, porque para obtener una influencia efectiva, es indispensable contar con el apoyo de la opinión popular,

si les falta la del partido propio, que sólo abarca una porción numéricamente muy reducida, de la ciudadanía.

Al final yo llegaba a este punto, que fue el que produjo en ellos un cierto estupor:

La verdad es que —dijo él— nuestro pueblo no siente ni la mínima necesidad de otro partido más que el comunista.

—Pero las constituciones no se hacen para un día, y no deben cerrar el camino de la evolución, prohibiendo el surgimiento de un nuevo partido en el futuro, si fuera necesario... porque ustedes le cierran el camino, y yo me atrevo a señalarles entonces una contradicción con los principios de la dialéctica.

—¿Contradicción con la dialéctica marxista? — me respondió el hombre inquisitivamente, frunciendo las cejas.

—Claro que sí, le respondí yo: al no permitir sino un partido, e impedir que las minorías de hoy puedan llegar a ser mayorías mañana, ustedes cierran el ciclo de la evolución por decreto, frente a la situación política creada, a la realidad institucional de hoy, que es la tesis no, puede surgir la antítesis de una minoría opositora; de un criterio político contrario, y así no puede esperarse que venga la síntesis a abrir, como la tesis del mañana, una nueva etapa de ese juego dialéctico que es por esencia ilimitado.

Ante este argumento se produjo un cambio de ideas entre mi amable contrincante y la intérprete. Tuve la sensación de que el proyectil había afectado algún punto vital de su sistema defensivo. Pero tras una cuantas frases cambiadas en ruso entre ambos, el funcionario me replicó: la triada dialéctica está mal aplicada en su ejemplo, porque la tesis es todo el sistema capitalista, que nosotros destruimos con este régimen político para llegar a la síntesis, que será el comunismo sin Estado.

—Le ruego admita, le repliqué yo, que no es científico dejar fuera del proceso dialéctico la realidad política como una parte sin importancia de las realidades sociales en pugna: la capitalista y la socialista. El proceso dialéctico, si es una explicación lógica y científica de algo tan natural como la evolución, debe desenvolverse no sólo en la vida y en el destino del árbol, sino también en la vida y el destino de las hojas; no sólo en el organismo, sino en la célula (hay que advertir que ellos son materialistas: no pueden negar este razonamiento).

Quiere ello decir, que cuando ustedes niegan el derecho de las minorías y no dejan formarse otros partidos frente al comunista, cortan en el área política, que es por lo demás tan capital para la suerte de todas las otras zonas de la vida colectiva, el camino dialéctico. Incurren en el camino cerrado de HEGEL y en aquella dra-

mática contradicción que tanto le censuraba ENGELS, según la cual la monarquía prusiana era la forma perfecta del Estado, la cumbre en la que se detenía toda la evolución de las formas políticas. Ustedes colocan hoy su organización política, que ya no es transitoria, sino en cuanto medio muy discutible y hasta muy contraproducente de llegar al comunismo sin Estado, fuera de la acción de los contrarios, que eliminan políticamente y ahí en ese terreno, la tesis creada por ustedes se alza como un muro infranqueable.

Luego de ese impacto, mi interlocutor me dijo que ellos ya habían hecho la experiencia de una vida política con varios partidos, y les había resultado desastrosa (aludía sin duda a las enconadas luchas entre las fracciones comunistas de la derecha, la izquierda y Trotsky y de Stalin, que fueron sofocadas por las inolvidables purgas de sangre). Tal vez en nuestro país haya muchos que piensen ahora como este funcionario soviético; pues la experiencia que han hecho sobre la multiplicidad de los partidos, no es muy halagüena; pero no les voy a recomendar a ustedes que adhieran a la tesis soviética, ni a la del partido único, ni a la de la eliminación por la fuerza, de los partidos que legítimamente estén constituidos. Entiendo que la multiplicidad de los partidos es un mal, cuando los partidos no son buenos. Hay que tratar de sanear a los partidos. Y para ello naturalmente la fórmula del partido tradicional criollo no es la más indicada. Los partidos para sanearse, tienen que empezar por ser partidos de idea, partidos que empiecen por tener razón de ser. Hombres de los partidos tradicionales de nuestro país, lo han reconocido. Partidos de pasión y no de razón, no han tenido nunca razón de ser como tales. Para darse alguna razón de ser han tenido que incorporar a su tradicionalismo, cosas que no pertenecen al tradicionalismo en sí; han tenido que darse algún programa, aunque no han querido nunca—y en esto ha habido hasta retrocesos políticos lamentables en la opinión de muchos hombres dirigentes de nuestra burguesía—, romper el vínculo con ciertos elementos constitutivos que son anacrónicos. Así, hubo momentos en que tradicionalistas ilustres, abominaban del caudillismo, formulaban declaraciones contra el caudillismo y demostraban que el caudillismo de divisa, sobre todo en la época de Oribe, de Rivera y otros, había sido un azote para nuestro país.

Surgió un partido, el Constitucionalista, integrado por intelectuales de fuste, para combatir el tradicionalismo de blancos y colorados. Quiso concluir con ellos, que juzgaban formas atrasadas. El partido blanco, influido por esa corriente, resolvió un buen día llamarse partido "nacional". En el partido colorado, surgieron movimientos para dividirse entre "conservadores" y "principistas")...

sirviendo eso solamente para que el observador sensato advirtiera que tales denominaciones resultaban siempre engañosas agregadas a la de tradicionalistas. Los "conservadores" colorados fueron motejados "candomberos" por los principistas del mismo color. Y en el partido blanco, hubo el grupo de los "doctores" frente al de los que se preciaban de ser blancos puros.

En la actualidad se ha vuelto a recoger la rémora del caudillismo. Estamos asistiendo al endiosamiento de los caudillos; tanto de una parte como de la otra, y no se hace nada sin el caudillo ayudado por el caudillejo electoral. Siguen conjugándose fórmulas políticas atrasadas: la del tradicionalismo y la del personalismo.

En la Argentina tuvieron la suerte de terminar con los partidos tradicionalistas, pero no se libraron de los partidos personalistas. El partido personalista puede, en cierto modo, ser un adelanto frente al partido tradicionalista a la criolla, tan diferente como acabamos de ver, del partido tradicional en Inglaterra, o del partido tradicional de Norteamérica, sobre lo cual habría también mucho que hablar (republicanos y demócratas). Uno, que arranca de la época de la lucha de la abolición de la esclavitud, fundado por Lincoln; y el otro fundado sobre la base de los intereses de los esclavistas y de los granjeros. Aquél se apoyó en los intereses de los industriales, del capitalismo industrial. También entre nosotros, en los últimos tiempos se dice que el partido colorado, en sus fracciones gubernistas, asume la representación política del interés de los grandes industriales, que reclaman el proteccionismo industrial y arancelario, mientras del otro lado estaría el partido blanco, representado con más ahinco el interés de los terratenientes y de los grandes estancieros. Pero todo esto es muy flúido, porque estancieros ahora hay muchos colorados también, y también hay muchos industriales blancos nacionalistas. Pero para disfrazar un poco el carácter rudimentario de ser demasiado tradicionalistas, o por la inevitable acción del progreso, han ido surgiendo tendencias ideológicas dentro de esos partidos. Así, dentro del partido colorado, el batllismo, con sus reformas avanzadas y su anticlericalismo. Por otra parte el partido blanco se había denominado "nacional", sin duda para atenuar la pasión por la simple divisa, que había sido desdeñada por dos presidentes blancos: por Pereyra (pese a la hecatombe de Quinteros, que manchó su presidencia) y por Bernardo Berro, como también por el general colorado César Díaz, que encabezó la revolución contra Pereyra, y fue una de las víctimas de Quinteros. Pero hoy asistimos, de nuevo, a un retroceso hacia la especulación del partidismo arcaico, en pleno siglo XX. Estos partidos, con programas o slogans tan avanzados que a veces parecen disputarles a

los socialistas y comunistas sus orientaciones, no dejan de ser "colorados" ni "blancos".

Quiero terminar diciendo que sólo he querido mantener con ustedes una simple charla, no una clase magistral. Ha sido en cierto modo un desahogo (ésta ha sido la parte egoísta de la disertación). Ha servido para que me cure un poco; y desgraciadamente no me estoy curando en salud. Pero además de un desahogo, esto es para decirles a ustedes que si he abandonado las aulas en la Facultad de Derecho, es para entregarme a los afanes de la política, por haberlo considerado para mí un deber.

Y alguna vez, gracias a no continuar en la docencia, me oigo llamar maestro. Ya he dicho públicamente que "maestro" es una denominación que sólo admito para mí con la acepción con que en los tiempos de la artesanía medieval se aplicaba a los jefes de un pequeño taller; y hoy, a los jornaleros que construyen casas, muebles, etc. Pero si puedo ser maestro en algo, sólo quiero serlo en una sola cosa: en enseñar a los jóvenes de mi país a luchar. De mi paso por la Facultad sólo recuerdo dos clases, dos lecciones que he dado precisamente fuera del aula. Una que me tocó dictar como decano de la Facultad de Derecho y como simple ciudadano, en el Paraninfo de la Universidad, en vísperas del golpe de Estado de 1933, cuando se preparaba la atmósfera para esa tormenta. Entonces se organizó un acto público, para el cual se pidió el concurso del Dr. Vaz Ferreira, que envió un hermoso mensaje escrito, y luego intervinieron algunos profesores y estudiantes; y yo tuve que clausurar el acto, permitiéndome terminar mi disertación con el siguiente apólogo: les recordaba a mis auditores que hubo en Grecia un filósofo que vivía en un tonel. Se llamaba Diógenes. Este filósofo era el que, cuando Alejandro fue a verlo en el tonel donde habitaba, le dijo: Quitate de mi sol. Se dice que recorría en pleno día las calles de Atenas, con una linterna encendida, buscando un HOMBRE. Yo recordaba que muchos siglos después, otro filósofo, el alemán Nietzsche, dijo a su vez: "Yo en vez de ser un filósofo que con una linterna busca un hombre, soy un hombre que busca una linterna".

Tras eso yo llegaba a la conclusión de que los pueblos atrasados en política hacen como Diógenes: andan buscando "al hombre" con una linterna, cuando deben en cambio buscar una linterna que los alumbré. Y no hay mejor linterna que su propia conciencia cívica, que se adquiere en el seno de partidos con levantadas ideas capaces de ser rectoras y seguras guías del pueblo en el a menudo azaroso camino de las vicisitudes nacionales.

Ésa es la linterna que tienen que empuñar los pueblos para

encontrar su propio destino y conquistar su pedazo de suelo y de cielo en la tierra, sin que pueda venir a disputárselo la sombra de ningún poderoso.

La otra lección fue cuando, al estallar el golpe de Estado, el 31 de marzo de 1933, resolvimos quedar encerrados en la Facultad de Derecho toda la noche, conjuntamente con un grupo de estudiantes y profesores, presidiendo una especie de resistencia simbólica, a la expectativa de que llegase el "interventor" destacado por la dictadura, para recibirlo "dignamente". La terminación del episodio fue éste: a la mañana siguiente apareció al frente de la Universidad, un enorme cartel, que habían pintado los estudiantes con la pantalla del paraninfo, en la que se leía "la Universidad contra la dictadura". Y estuvo toda la mañana allí, y lo vio toda la población de Montevideo, porque recién a mediodía pudieron sacarlo los bomberos con sus escaleras. Luego me conducían a mí entre esbirros a un cuartel de caballería, para enviarme dos días después entre bayonetas, exilado, a Buenos Aires. Ésa fue la última lección que di en la Facultad de Derecho.

Por dificultades de espacio, nos vemos imposibilitados de publicar en forma íntegra este cursillo. Falta la clase del Prof. Gustavo Beyhaut y la del Dr. Isaac Ganón, siendo esta última, una síntesis de lo dicho donde se esbozaban directivas para la futura organización programática de esta ciencia.